

FREDERICK M. NUNN

ALLENDE / ALLENDE: FICCION, HISTORIA Y TRADUCCION DE UNA NOVELA DE FERNANDO ALEGRÍA

¿Qué sería la ficción latinoamericana si no fuera por la historia?

El *Fray Servando*, *Teresa de Mier*, de Reinaldo Arenas; los *Habsburgos*, de Antonio Benítez Rojo y Carlos Fuentes; los *Cristóbal Colón*, de Alejo Carpentier y Abel Posse; el *Simón Bolívar*, de Gabriel García Márquez; el *Gregorio de Matos* y el *Antonio Vieira*, de Ana Miranda; *Evita Duarte* y *Juan Perón*, de Tomás Eloy Martínez; el *Dr. Francia*, de Augusto Roa Bastos; el *Antonio Maciel*, de Mario Vargas Llosa, y ahora el *Salvador Allende*, de Fernando Alegría. Todos personajes históricos y todos personajes centrales de novelas latinoamericanas recientes.¹ Todos conocidos en América Latina, y ahora también a la disposición de lectores de inglés (y otras lenguas), gracias a la traducción.

La vida de Salvador Allende Gossens es un capítulo de la historia. Decenios de tumulto nacional e internacional eran los suyos, y la mayor parte de lo que pasó en el transcurso de esos decenios ha sido grabada en nuestra historia. Es tradicional en Chile que el estadista y el político son sujetos de biografías. Muchos escriben sus propias memorias. Pueden escribir, es decir, su propio capítulo. Muchas son las interpretaciones académicas y polémicas del capítulo de Allende en la historia de Chile y en la nuestra, pero nunca antes hemos tenido en inglés un libro tal como *Allende*.

¹ Me refiero a Arenas, *El mundo alucinante* (1966), *The Ill-Fated Peregrinations of Fray Servando*, tr. Andrew Hurley (1987); Benítez-Rojo, *El mar de las lentejas* (1985), *Sea of Lentils*, tr. Syndey Lea (1990); Fuentes, *Terra Nostra* (1975), tr. Margaret Sayers Peden (1976); Carpentier, *El arpa y la sombra* (1979), *The Harp and the Shadow* tr. Thomas and Carol Christensen (1990); Posse, *Perros del paraíso* (1987), *The Dogs of Paradise*, tr. Margaret Sayers Peden (1989); García Márquez, *El general en su laberinto* (1989), *The General in His Labyrinth* tr. Edith Grossman (1990); Miranda, *Boca do Inferno* (1989), *Bay of All Saints and Every Conceivable Sin* (1991); Martínez, *La novela de Perón* (1988), *The Perón Novel*, tr. Asa Zatz (1988); Roa Bastos, *Yo el supremo* (1974), *I the Supreme*, tr. Helen R. Lane (1984), y Alegría, *Allende: Mi vecino el Presidente* (1989), *Allende: A Novel*, tr. Frank Janney (1992).

Son cuatro las razones para esta conclusión preliminar. Primero, la vida de Salvador Allende fue única. Fue producto y creador de sus tiempos, él. Segundo, su presidencia truncada y su suicidio, y las circunstancias de ambos, ocurrieron dentro de una época en que la escritura de ficción llegó a ser la vía principal para la reexaminación y revisión de la historia por los intelectuales de América Latina. Mucha historia se escribía en forma de ficción, y por eso quedaba revisada en maneras apropiadas a una región donde todavía no están fijadas las fronteras entre la realidad, a un lado, y lo fantástico, al otro, como es el caso que rige en Norteamérica y Europa. Tercero, la vida y la muerte de Allende son épicas, a lo menos románticas. Y cuarto, no logró nunca Salvador Allende escribir sus propias memorias.

Quizá sea que los personajes históricos están mejor captados en la ficción que en lo que pasa por historia, sobre todo cuando alguien llega a ser símbolo de una causa histórica. Allende fue tal figura; su carrera es historia. Sigue símbolo en la muerte tal como era en la vida. No tiene que haber sido compañero para valuar el impacto de su vida, y su muerte, en Chile, en el mundo.

De la novela de Fernando Alegría, Salvador Allende surge ser humano, *muy chileno*. Sus sueños y aspiraciones, su vida pública y privada, sus tribulaciones, los éxitos y fracasos, su auge y caída: todo está retratado en una mezcla de ficción y memoria arreglada de novela. El autor dibuja los lugares donde vivía y el lugar donde murió de una manera que introduce al no iniciado a, y que refresca la memoria del parroquiano de, los barrios, parques, senderos, plazas, edificios públicos, cafés, pasajes y centros comerciales de Santiago. Tiempo y lugar chilenos, es decir, es bien comprensible al lector extranjero, algo que ocurre pocas veces por medio de la literatura histórica o de la ciencia social. El *Allende* de Alegría así puede asumir un lugar en la primera fila de esos líderes políticos chilenos, alrededor de quienes sigue circulando controversia años y decenios después de que dejaron de ser: los Carrera, O'Higgins, Montt, Balmaceda, Recabarren, Alessandri, Ibáñez, Grove; todos, hay que notar, conocidos en una forma u otra al extranjero. Los de nuestro siglo son más conocidos, por cierto: Recabarren, Alessandri, Ibáñez, Grove y ahora Allende. Hasta este punto en la trayectoria de nuestro siglo han figurado estos personajes prominentemente en el asesoramiento norteamericano académico y popular de la evolución histórica chilena. En los cuatro casos últimamente citados, eso es, debido a combinaciones de investigación y revelación por ciencia política e historia, por memoria y (auto)biografía, y en parte a la traducción.

Pero en el último caso, el de Salvador Allende, la intensidad de preocupaciones norteamericanas durante la guerra fría nos atrajo brusca e íntimamente a la política chilena en los sesenta, es decir, años antes de que fuera elegido

Presidente Allende. Luego, la campaña de 1964 nos despertó la posibilidad de un marxista definitivamente elegible a la presidencia de un país hemisférico. Se tomaron medidas para asegurar que no ocurriera. Luego, en 1970, su cuarta candidatura fue considerada suficientemente enemiga a los intereses de seguridad nacional norteamericana, que causó acciones abiertas y cubiertas contra Allende para hacer imposible su elección, la ratificación de ésta, y la inauguración del vencedor. Estas acciones están bien documentadas como abusos flagrantes de influencia diplomática y económica. *La campaña de 1970, la ITT, la actuación de Nixon, Kissinger, el asesinato del general René Schneider Chereaux, la CIA, Patria y Libertad, La Vía Chilena*: todo esto da materia de gran interés académico y popular, en Chile, en los EE.UU. y en el resto del mundo. El levantamiento de 1973, que deshizo *La Vía Chilena* al socialismo y que resultó en la muerte de Allende, también queda fresco en nuestras memorias. Años después de que han empezado a borrarse memorias de la complicidad del gobierno de Washington en el golpe brasileño de 1964, nosotros los norteamericanos seguimos recordando lo que pasó ese martes sangriento, el 11 de septiembre de 1973. Tal vez sea esa la razón más significativa por qué Salvador Allende y su acción política continúan influyendo nuestras opiniones sobre Chile.

Durante los últimos treinta años, el que les habla hoy ha conocido y conversado con numerosos chilenos del mundo político-militar. Ha leído biografías y memorias y ha escrito sobre varios personajes de este siglo. Nunca llegó a conocer personalmente a Salvador Allende, pero por medio de *Allende: Mi vecino el Presidente* y *Allende: A Novel*, tiene mejor idea de quién era y de qué trataba de hacer, que la que tiene de Balmaceda, Recabarren, Alessandri, Ibáñez o Grove, u otros de vendimia más reciente con quienes ha conversado. La escritura y traducción juntas han producido una obra verdaderamente histórica. El impacto al neófito lector de inglés será aún más mensurable y al estudiante de historia bien impresionante.

La memoria política o autobiográfica puede ser a la historia como es la poesía a la mitología. La memoria puede tener cualidades épicas, por cierto. En su versión original, *Allende* se acercó a tal cumbre. Es memoria *cum* novela, bien dentro de tradiciones chilenas, de significación. Causó cierta conmoción cuando se editó simultáneamente en Buenos Aires y Santiago hace tres años. La versión inglesa, que está para salir este año del quinto centenario, contiene alusiones y materias adicionales que aumentan su significación al extranjero. No quiero decir por esto que la mera traducción ha mejorado la prosa del autor. Pero sí ha *transformado* lo logrado, dándole un alcance más amplio para lectores de inglés. *Allende: A Novel* es ahora más que *Allende: Mi vecino el Presidente*. Este es el poder de la refinada traducción de un libro importante.

Hace cinco decenios, en su crítica de *El luto humano* (1943), Octavio Paz notó que la novela de José Revueltas representaba una de las dos formas de expresión artística engendradas por la Revolución Mexicana: la novela y la pintura.² Según Paz, los muralistas y prosistas habían tomado las riendas artísticas y literarias de la Revolución —un golpe estético, es decir— y así estaban ayudando en la definición cultural de ese gran movimiento, no solamente por y para sus compatriotas, sino por y para el mundo entero. Le daban a la Revolución cualidades y tradición épicas, míticas y románticas.

Fenómeno comparable no hubo en América Latina hasta fines de nuestro siglo, es decir, hasta la época de gobiernos netamente militares o dominados por militares, de la caída de dictaduras de largo plazo, y de la intensificación de conflictos civiles endémicos, en que surgió el segundo gran movimiento revolucionario literario del siglo: el de *La Nueva Novela* y *El boom*. Hoy en día son los novelistas quienes han tomado el control intelectual no sólo de la definición cultural, sino también de la interpretación del pasado, presente y del futuro. Los novelistas son los revisionistas de la historia.

La novela pinta la condición latinoamericana más exitosamente y con más pasión, si menos precisamente y con menos objetividad que cualquier otra forma de prosa. El contenido dicta la forma más que nunca antes. Y el novelista, que también memoriza un fragmento de su propio pasado (o presente), no hace daño ni a la historia ni a la literatura. No deja de ser novelista, como por ejemplo, dejaría de ser historiador él o ella que intercale intensivamente la ficción con los hechos documentados. Por eso, la novela de América Latina es un fenómeno de proporciones *históricas*, tanto como literarias, sobre todo en traducción. ¿Por qué es así en el caso de *Allende*?

Primero, porque el novelista sí conocía al personaje principal de su novela. Allende era verdadero hombre y el autor participaba en su trabajo. Antonio Maciel, de *La guerra del fin del mundo*, era hombre verdadero, pero Mario Vargas Llosa no lo conoció nunca, ni participó en su cruzada. Pero Fernando Alegría sí conocía a Allende.

Segundo, hoy día, más que nunca antes, podemos entender la afinidad intensa entre los tiempos y la ficción producida dentro de estos mismos tiempos. Esta afinidad ha producido un verdadero chorreo de formas alternativas y vistas originales de la historia y de la política. El novelista se ha convertido en pensador; el lector de inglés, por eso, tiene acceso doble a la intelectualidad de los latinoamericanos. En el caso de *Allende*, leemos biografía, testimonio político y memoria, a la vez que leemos ficción e historia.

² Véase la introducción por Paz en *Human Mourning*, tr. Roberto Crespi (1990).

Tercero, novelas como ésta se han mostrado vehículos de lujo para la comunicación al extranjero de los aspectos más controversiales de la experiencia histórica de la región; mejores vehículos, es decir, que mucha de la literatura histórica y científico-social. Novelistas como Fernando Alegría y los citados en los comienzos de este comentario han hecho buen uso de figuras históricas en situaciones ficticias para interpretar la historia o para revisarla. Las cuatro grandes tensiones dinámicas históricas que dominan la historia de América Latina se presentan dramáticamente en la novela de los últimos años: autoridad *versus* libertad, jerarquía *versus* igualdad, corporativismo *versus* individualismo y tradición *versus* innovación. El mito y la realidad de la historia están expuestos y criticados, y se entrechocan en la ficción. La política de los últimos decenios y la delineación de posibles futuros también son materia prima de la prosa. Mientras tanto hay en la novela reciente más tratamiento franco de relaciones entre los sexos y sectores sociales que en ningún otro tiempo. La abundancia de traducciones recientes (más que 200 títulos) nos trae a nosotros, los extranjeros, un gran surtido de ficción didáctica de significación para nuestra lectura. Leyendo con cuidado podemos mejor comprender, además de la intelectualidad de nuestros vecinos, su historia, política, cultura y sociedad.

Cuarto, se ha prestado la mayor atención ficcional a la política reciente porque el extremismo, la violencia y la brutalidad de las experiencias del Cono Sur y de Centroamérica han tenido una influencia directa en el mundo de los intelectuales. Muchos de ellos se fueron al exilio, otros sufrieron varias formas de penas, aun menos soportables. Las versiones novelísticas de insurrección, asesinato, terrorismo, golpe de Estado, corrupción política, explotación social, abusos de poder socioeconómico y violaciones de derechos humanos tienen un impacto directo al lector de inglés. Así podemos mejor compartir impresiones de la vida diaria. Podemos sentir la historia.

Y más. Ultimamente, escritores, guionistas, periodistas y científicos sociales han examinado minuciosamente los centros urbanos donde se notan diariamente las grandes tensiones históricas, donde ha sucedido mucho de la acción histórica y política. La ciudad, por eso, ha ganado nueva importancia para el lector, para el extranjero interesado en América Latina. Hay muchos tratamientos de la vida urbana: en México, Port Au Prince, Guatemala, Lima, Porto Alegre, Río de Janeiro, Buenos Aires, La Plata... y Santiago. Los ejemplos y los autores saltan a la vista. Pocos son, sin embargo, los ejemplos de la vida urbana, su ritmo político, social y cultural durante un período histórico extendido. En este sentido, *Allende*, en traducción, será muy útil en la enseñanza de la historia.

Se ha dicho que de las mayores capitales sudamericanas, Santiago de Chile ha cambiado menos durante el último medio siglo. De acuerdo. Si uno

conocía la marcha de la vida santiaguina en los 40, la conocería bastante bien veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años más tarde. La dilatación suburbana no alteraba mucho la vida de la ciudad capital de Chile entre los 20 y los 60. La mayoría de los sitios y lugares históricos y tradicionales conocidos por generaciones previas se conocen actualmente. La ciudad surreal de *Eva la fuga* (1930), por Rosamel del Valle, es muy parecida a la ciudad que nos presenta Fernando Alegría; también es la políticamente intensa Santiago descrita en *La desesperanza* (1986) por José Donoso.³ Con *Allende* el lector de inglés, ya gozando de una visión trascendente de *genre*, puede aprovecharse también de un estudio de generaciones, es decir, una visión histórica de la ciudad que fue el lugar de la vida y muerte del protagonista.

Las dos visiones nos permiten ver cómo el protagonista se eleva por encima de generaciones políticas para llegar a ser símbolo histórico, además de figura política. Nacido porteño antes de la Primera Guerra Mundial, es pariente de Marmaduke Grove Vallejo, pasa tiempo en el desierto norteño en tiempos de Luis Emilio Recabarren y Carlos Ibáñez del Campo. Como alumno de la Escuela de Medicina en la capital, el futuro líder socialista conoce, gracias a un tío, varios políticos de la época. Luego vive en el sur, entra a la política, participa en varios niveles; conoce a Alessandri Palma, es ministro del Gabinete de Pedro Aguirre Cerda, entra al Senado apoyado desde el norte, centro, sur. Llega a ser consocio político (si no ideológico) de Pablo Neruda. Siempre le llama la atención la capital; Allende y Santiago se hacen inseparables; una verdadera tradición histórica de la región, esa de carrera política y profesional, y ciudad capital.

A lo largo de la primera parte de *Allende* el lector tiene que confrontar al protagonista en situaciones verdaderas y novelísticas. Lugares y figuras son legítimos y evocativos; a veces la ficción y la historia existen simultáneamente y se entrecrocán, como en la vida. Pocos años después de su elección al Senado, Allende, su esposa, Hortensia Bussi, y la familia, se trasladan de ese barrio bohemio genial del centro –Cerro Santa Lucía-Plaza Baquedano-Parque Forestal, Alameda Bernardo O'Higgins– a la serenidad (de aquel entonces) de Providencia. Las descripciones de la casa en Guardia Vieja y luego de Tomás Moro y la mezcla de vida casera y política nos revelan de una manera conmovedora un Allende, un Santiago y un Chile en proceso de profundos cambios históricos y políticos. ¿No le parecería irónico a Allende que la intersección de Ricardo Lyon y Providencia –a unas cuadras de Guardia Vieja (y a una sola de 11 de Septiembre)– llegó a ser local favorito para manifestaciones en contra

³ En traducción: *Eva the Fugitive*, tr. Anna Balakian (1990); and *Curfew*, tr. Alfred MacAdam (1988).

del que le sucedió en La Moneda? Del viejo centro al barrio alto y más allá, el protagonista pasa por la vida y por la ciudad capital. Allende y su política son reflejos de un Chile transitando por nuestro siglo. Eso no se saca en limpio de ninguna obra académica ni popular sobre Chile, por lo menos que conozca el que les habla.

Tampoco se saca la dimensión personal de la vida privada de ninguna de las memorias políticas publicadas en los años después de 1973. En *Allende* vemos la Tencha convirtiéndose resignadamente de mujer de carrera en esposa política, luego primera dama oficial; y, una vez metido en la segunda porción de la novela, el lector pasa por dentro de la mente de ambos, la esposa y el esposo. El autor y el traductor, en el proceso, nos han conducido desde la historia ficcional a la memoria-biográfica (y autobiográfica). Y ahora pueden sacarse impresiones del hombre y de la mujer como eran conocidos por chilenos y extranjeros. En ésta, la parte del libro más intensa, el lector es a veces casi participante; eso no puede ocurrir en la lectura de una obra académica.

A más, las frecuentes e intentadas colusiones y colisiones entre la ficción y la historia en *Allende*, nos da un sabor único: por ejemplo, la comparación entre el coronel Aureliano Buendía y Allende, y la descripción de la muerte de Arturo Alessandri en términos que hace del "León de Tarapacá" casi un verdadero patriarca. Los que han leído las obras de Gabriel García Márquez verán los paralelos.⁴ Diálogos políticos tan frenéticos como los que aparecen en *La cabeza de la hydra* (1978), de Carlos Fuentes, o en *Conversación en la catedral* (1969) de Vargas Llosa, nos mantienen participantes dentro de la narrativa.⁵ Alegría se revela cabal tejedor de historia y ficción, utilizando figuras de ambos mundos como lo hacen Alejo Carpentier en *Concierto barroco* (1974) y *El siglo de las luces* (1962), Tomás Eloy Martínez, en la ya citada *La novela de Perón*, y Antonio Skármeta, en *Ardiente paciencia* (1985).⁶ Debe agregarse también, para completar la perspectiva, que Alegría se muestra tan paisajista como Guillermo Cabrera Infante, cuya *Vista del amanecer en el trópico* (1974) es un clásico,⁷ y Mariano Latorre y Baldomero Lillo, grandes representantes de la tradición literaria chilena.

⁴ Me refiero a *Cien años de soledad* (1967), *One Hundred Years of Solitude* tr. Gregory Rabassa (1970); y *El otoño del patriarca* (1975), *The Autumn of the Patriarch*, tr. Gregory Rabassa (1976).

⁵ En traducción: *The Hydra Head*, tr. Margaret Sayers Peden (1978); y *Conversation in the Cathedral*, tr. Gregory Rabassa (1975).

⁶ En traducción: *Concierto Barroco*, tr. Asa Zatz (1988); *Explosion in a cathedral*, tr. John Sturock (1963); y *Burning Patience*, tr. Katherine Silver (1987).

⁷ En traducción: *View of Dawn in the Tropics*, tr. Suzanne Jill Levine (1981).

Ahora les toca a los chilenos decidir dónde cabe *Allende: Mi vecino el Presidente* en el canon literario nacional. Pero a los lectores de inglés les toca la buena fortuna de poder comparar *Allende: A Novel* con numerosos recuentos del pasado chileno escritos por historiadores y otros, y con el Salvador Allende de esos tomos. Al hacerlo se darán cuenta los lectores de la versión inglesa hecha por Frank Janney, de que en *Allende* cada uno de los temas principales de la ficción reciente están presentes: las tensiones dinámicas de la historia latinoamericana, la revisión histórica, la crítica política, las relaciones entre sexos y sectores y el foco urbano.

La fusión intensa de estos temas también marca a *Allende: A Novel* como libro de texto ideal para la enseñanza.⁸ Junto, por ejemplo, con las versiones inglesas de *De amor y de sombra* (1984), de Isabel Allende; *La larga noche de Francisco Sanctis* (1984), de Humberto Constantini; *Historia de Triste* (1987), de Horacio Vázquez Rial; *Le mât de cocagne* (1989), de René Depestre; *A festa* (1976), de Iván Angelo, y *Zero* (1974), de Ignacio de Loyola Brandão,⁹ *Allende* puede servirnos bien como representación gráfica literaria de la última parte del siglo veinte en América Latina.

Sólo esta novela de Fernando Alegría ha fusionado tan exitosamente los varios temas en el contexto histórico, captando decenios de relaciones, temas, conflictos, y con testigo de ojo tanto como imaginación literaria y dedicación académica. El conjunto inspira al lector de inglés a considerar la novela dentro de la anchura de literatura científico-social, como testimonio político de *La Vía Chilena*. Más que cualquier otro estudio hace presente entre nosotros a Salvador Allende.

Al fin y al cabo, el propósito didáctico de *Allende* también es servido bien por la traducción, y no hay duda de que el autor tenía un propósito didáctico. Opositor a la "historia catequizada", Alegría ahora habla a una audiencia nueva, y da a ésta una oportunidad de considerar nuevas dimensiones de la literatura e historia latinoamericanas de nuestra época y de conocer mejor una figura histórica de nuestro país vecino, Chile.

¿Qué sería la historia latinoamericana si no fuera por la ficción?

⁸ Sobre este tema, véase mi "The Latin American New Novel in Translation: Archival Source for the Dialogue Between Literature and History", in William Luis and Julio Rodríguez Luis, eds., *Translating Latin America: Culture as Text, Translation Perspective VI* (1991): 67-77.

⁹ En traducción: *Of Love and Shadows*, tr. Margaret Sayers Peden (1987); *The Long Night of Francisco Sanctis*, tr. Norman Thomas di Giovanni (1985); *Triste's History*, tr. Jo Labanyi (1990); *The Festival of the Greasy Pole*, tr. Carrol F. Coates (1990); *The Celebration*, tr. Thomas Colchie (1982), y *Zero*, tr. Ellen Watson (1983).